

Héctor Martínez Sánchez-Mateos  
y María Rubio Martín (coords.)

# De Marco Polo al *low cost*

PERFILES DEL TURISMO CONTEMPORÁNEO



COLECCIÓN INVESTIGACIÓN Y DEBATE

ESTE LIBRO HA SIDO COFINANCIADO POR LA UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA Y EL FONDO EUROPEO DE DESARROLLO REGIONAL (PROYECTO 2020-GRIN-29107 DEL GRUPO DE INVESTIGACIÓN ESTUDIOS HISTÓRICOS Y CULTURALES CONTEMPORÁNEOS).



**Unión Europea**

Fondo Europeo  
de Desarrollo Regional  
"Una manera de hacer Europa"



© DE LOS TEXTOS, SUS AUTORES Y AUTORAS. 2020

© LOS LIBROS DE LA CATARATA. 2020

FUENCARRAL, 70  
28004 MADRID  
TEL. 91 532 20 77  
WWW.CATARATA.ORG

DE MARCO POLO AL *LOW COST*.  
PERFILES DEL TURISMO CONTEMPORÁNEO

ISBN: 978-84-1352-079-7  
DEPÓSITO LEGAL: M-26.633-2020  
IBIC: WT/1DSE-ES-X

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE. QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

*A Juan Sisinio Pérez Garzón, por el tesón,  
la vitalidad y la generosidad con los que creó  
y mantiene vivo el Grupo de Investigación  
en Estudios Históricos y Culturales Contemporáneos.  
Sus palabras son siempre un estímulo; su trabajo, un aliento.*



# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. DE MARCO POLO AL *LOW COST* 13  
Héctor Martínez Sánchez-Mateos y María Rubio Martín

PRIMERA PARTE. DEL VIAJE AL TURISMO 21

CAPÍTULO 1. CUANDO YA SE HA VISTO TODO: UNA APROXIMACIÓN  
A LAS CATEGORÍAS Y FORMAS DEL VIAJE CONTEMPORÁNEAS 23  
María Rubio Martín

CAPÍTULO 2. ¿VIAJERO *ES* TURISTA? EL RELATO DE VIAJES  
ACTUAL POR ESPAÑA 39  
Asunción Castro Díez

CAPÍTULO 3. PASEAR, ESCULPIR. EL VIAJE COMO PRÁCTICA ARTÍSTICA 57  
Julián Díez

SEGUNDA PARTE. PERFILES DEL TURISMO EN ESPAÑA 67

CAPÍTULO 4. LOS CASTILLOS. ¿DESTINO TURÍSTICO? 69  
Esther Almarcha Núñez-Herrador y Rafael Villena Espinosa

**CAPÍTULO 5. TURISMO PARA DESPUÉS DE UNA GUERRA.  
EL TERCER VIAJE A ESPAÑA DE LAURIE LEE.  
SOBRE *A ROSE FOR WINTER, TRAVELS IN ANDALUSIA* (1955) 91**  
Matías Barchino

**CAPÍTULO 6. TURISMO NACIONAL, ESPACIO PARA *PRODUCTORES*.  
LA RED DE RESIDENCIAS Y CIUDADES DE LA OBRA SINDICAL  
DE EDUCACIÓN Y DESCANSO 109**  
Alba Nueda Lozano

**CAPÍTULO 7. EL TURISMO LITERARIO: LOS FESTIVALES DE TEATRO 123**  
Almudena García González

**CAPÍTULO 8. EL 'EFECTO GUGGENHEIM' EN EL NORTE DE ESPAÑA:  
ARQUITECTURA ESTELAR Y RECLAMO TURÍSTICO 137**  
Álvaro Notario Sánchez

**CAPÍTULO 9. CUANDO MÁLAGA SE VOLVIÓ PICASSIANA.  
LA GESTACIÓN DEL RELATO DE CIUDAD NATAL Y SU USO TURÍSTICO 153**  
Ramón V. Díaz del Campo Martín-Mantero

**TERCERA PARTE. MIRADAS SOBRE CASTILLA-LA MANCHA 167**

**CAPÍTULO 10. EL TURISMO COMO INSTRUMENTO DE DESARROLLO TERRITORIAL:  
SOLUCIONES-PROBLEMA PARA EL MEDIO RURAL 169**  
Alfonso Fernández-Arroyo López-Manzanares

**CAPÍTULO 11. CASTILLA-LA MANCHA EFÍMERA. LA VISIÓN DE LA REGIÓN  
EN LOS MATERIALES TURÍSTICOS 185**  
Víctor Iniesta Sepúlveda

**CAPÍTULO 12. FOTOGRAFÍAS DE TOLEDO EN LA INSTITUCIONALIZACIÓN  
DEL TURISMO 203**  
Julia Martínez Cano

**CAPÍTULO 13. EL PAISAJE EN LOS NUEVOS TURISMOS Y SU RELACIÓN  
CON LAS ÁREAS PROTEGIDAS DE CASTILLA-LA MANCHA 219**

**Manuel Antonio Serrano de la Cruz Santos-Olmo**

**CAPÍTULO 14. PROPUESTA DE GEOPARQUE MUNDIAL DE LA UNESCO 'LOS  
VOLCANES DE CALATRAVA (CIUDAD REAL)': HACIA UN TURISMO SOSTENIBLE 237**

**E. Escobar Lahoz, R. Becerra-Ramírez, R. U. Gosálvez Rey y E. González Cárdenas**

**CAPÍTULO 15. TURISMO Y DESPOBLACIÓN EN EL PARQUE NACIONAL  
DE CABAÑEROS: ESPACIOS Y ESPECIES EN PELIGRO DE EXTINCIÓN 253**

**Jesús Francisco Santos Santos**

**SOBRE LOS AUTORES Y AUTORAS 265**

## RELATO DE VIAJES CONTRA TURISMO: OTRO VIAJE ES POSIBLE

En una sociedad definida por la globalización y el turismo de masas, cuando el mundo entero ha sido explorado, descubierto, volcado en imágenes (cine, documentales, fotografías, instantaneidad del documento gráfico a través de los teléfonos móviles que comparten el viaje en tiempo real), cabe preguntarse cuál es el lugar actual del libro de viajes literario. No se plantea, desde luego, la función de mero descriptor o informador de un lugar ignoto, al modo de antiguos viajes de los descubridores de tierras lejanas, ni tampoco al modo del viajero privilegiado del XIX y principios del XX. En el mundo desarrollado, hoy casi todos viajan, y si no lo hacen, suele ser por razones económicas, circunstancia variable a lo largo de la vida. El viaje se ha convertido en bien de consumo masivo y las multitudes invaden los espacios que los turoperadores ponen a su servicio, desde los más cercanos a los más alejados en espacio,

---

\* Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación *Cartocronografía de los Relatos de Viaje Españoles Contemporáneos (Siglos XIX y XX)*, referencia: FF12017-86040-P. Quiero dejar constancia de mi agradecimiento a María Rubio por su confianza al permitirme leer su libro inédito sobre el relato de viajes, de próxima aparición en la editorial Renacimiento, que me ha servido de iluminación en la escritura de estas páginas.



tiempo o cultura<sup>1</sup>. Pero al tiempo que lo consume, este tipo de turismo transforma el espacio, lo degrada y envilece, como analizaron Turner y Ash (1991). Así podemos establecer una primera diferencia entre viajero y turista; mientras el segundo entiende el viaje en una dimensión colectiva, el primero lo hace desde una perspectiva individual. El viajero busca conocer, vivir experiencias que lo enriquecen, se enfrenta desde el respeto a lo otro, a lo ajeno, a su experiencia cotidiana, abandona el lugar visitado dejándolo como estaba y aspira a que otros lo encuentren igual, mientras que el turista exige su transformación para amoldarlo a su gusto, comodidad y necesidades de ocio y consumo.

Síntoma de esta diferenciación preliminar entre viajero y turista está en que la denuncia, queja, o desdén por el turismo constituye un lugar común de los relatos de viaje ya desde principios del siglo XX, cuando en España esta era una actividad aún incipiente de unos pocos privilegiados. Y a medida que desde los años cincuenta y sesenta se ha convertido en países como el nuestro en un motor económico fundamental, al tiempo que transformador del espacio (sobre todo costero), las críticas han arreciado y los libros de viaje se han convertido en espejos de esa transformación y no pocas veces destrucción. Así Josep Pla se iba lamentando en las sucesivas ediciones de su *Guía de la Costa Brava* por la irremediable pérdida del paraíso natural que la depredación turística había traído consigo (Pla, 1966-1984).

Este artículo se plantea esbozar algunas líneas de reflexión sobre el lugar de la literatura viática en este contexto de desarrollo masivo del turismo, en cuanto propone otro tipo de viaje. Y para ello se ha acotado el corpus de referencia dentro de unas coordenadas cronológicas y espaciales concretas: viajeros españoles por España en las tres últimas décadas. La acotación espacial viene determinada porque, como veremos más adelante, el libro de viajes por España exige al escritor viajero una predisposición diferente a los recorridos lejanos. En cuanto a la limitación cronológica en las décadas del cambio de siglo, sin pretender ser rígida, viene a coincidir con la acentuación de los efectos masificadores del turismo que cualquier usuario habitual del viaje ha podido experimentar personalmente. Este cambio arrollador se puede percibir por ejemplo en la comparación entre los libros que recorren en algún tramo o en su totalidad el Camino de Santiago, un lugar común en el género desde el inaugural de Aymerich Picaud, *Liber Peregrinationis* (siglo XII). En la etapa que nos ocupa

---

1. Reviso estas afirmaciones en el tiempo de confinamiento y el cierre de fronteras a que ha obligado la pandemia provocada por la COVID-19, suprimiendo de un modo radical los movimientos turísticos en el mundo entero, en un proceso cuyo alcance aún desconocemos si determinará transformaciones duraderas en los modos del turismo de masas.

encontramos diferencias de valoración del mismo recorrido. Contamos, por ejemplo, con la experiencia de Fernando Morán (1996), peregrinación laica, personal, y discurso crítico que insiste en la muy deficiente infraestructura de los albergues y en la mirada desdeñosa que percibe en algunos curas y en no pocos lugareños que identifican a los escasos peregrinos invernales en el año 1993 con molestos mendigos. En cambio, *Ultreia*, la guía literaria de Luis Carandell (1998), ofrece una exhaustiva documentación histórica, artística y legendaria, que ya contempla la explosión peregrino-turística —pese a distinguirlas como categorías diferenciadas, su multiplicación ha ido en paralelo— de los últimos años del siglo. Dicha explosión la viene a corroborar Juan Eslava Galán con cifras que hablan del aumento exponencial en el número de peregrinos desde principios de los años noventa: “Antes del 1993 llegaban unos tres mil peregrinos al año; de 1993 al 1999, aumentó la cifra a unos 25 o 30 mil; después del año 1999 se vienen registrando unos setenta mil anuales” (Eslava Galán, 2006: 203). El supuesto “mendigo” de 1993 se ha transformado en fuente de ingresos y las infraestructuras se han puesto a su servicio.

Advierto que nos referimos en estas páginas al libro de viajes literario, en su formulación estrictamente genérica de “relato de viajes”, tal y como ha sido identificado por Sofia Carrizo (1997) o por Luis Albuquerque (2006 y 2011). Es decir, no vamos a analizar guías de viaje exclusivamente pensadas en su funcionalidad práctica, sino obras literarias, detrás de las que opera un escritor con una intención, un estilo y una construcción consciente de un discurso. Sin embargo, hay que recordar siempre que, en su condición de género híbrido, entre lo literario y lo documental o factual, el relato de viajes se presta también a funcionalidades más allá de la puramente poética. Y por eso no es raro el relato literario que ocasionalmente deja de lado la evocación lírica del paisaje o su interpretación sentimental o erudita para dirigirse expresamente al lector, no solo en su condición de tal, sino como potencial viajero. Al tiempo que se relata el viaje, se ofrece información útil sobre carreteras, hoteles o restaurantes (Alfonso Armada en *Carreteras secundarias*), guías e indicaciones que facilitan el camino (María Belmonte en *Los senderos del mar*), o expresas recomendaciones de visitas (*Ultreia*, de Carandell, este más cercano a la guía, aún sin perder su consideración literaria, desde su misma paratextualidad, con abundancia de fotos y prácticos índices toponímico, onomástico y monumental). El título de la introducción del libro de María Belmonte mencionado, “La costa vasca, un continente por descubrir”, encierra en su enunciado una llamada, una incitación al recorrido para otros viajeros que amen los espacios naturales y los recorridos a pie. De modo que el relato de viajes no solo cuenta un recorrido, sino

que también tiene una dimensión pragmática en cuanto es una llamada a convertir al lector en futuro viajero, o bien al viajero en lector informado, que enriquece su experiencia en la lectura.

Si ya está todo informado, si el viajero tiene a su disposición en las redes sociales folletos, imágenes, información sobre cualquier lugar del mundo, ¿qué puede descubrir un libro de viajes? Gregorio Morán recogía una impresión pesimista sobre unos libros que ya no se venden —decía—, pertenecen a otro tiempo, “murieron de inanidad agobiados ante las imágenes coloreadas, supuestamente más reales; la fotografía, la televisión, el video” (Morán, 1996: 11). Y, sin embargo, en las últimas décadas hemos asistido a una revitalización del género y son innumerables las editoriales que apuestan por él (basta echar un vistazo a la bibliografía que se ofrece al final de este artículo como pequeña muestra). En el nuevo contexto, el relato de viajes ha tenido que reinventarse, ya no responde solo al modelo más tradicional, y los escritores han explorado otras variantes, modificaciones y desvíos del género, siempre sin perder su condición de artefacto literario. Trabajos como los de Champeau (2011) o Rubio Martín (2014 y 2020) indican que el género se ha transformado en los últimos años. Si tuvo un carácter informativo (siglos XIX y XX), esteticista y regeneracionista (el 98), de denuncia (libros de viaje sociales de los años sesenta), hoy domina el discurso, la mirada del escritor sobre el espacio. Y, sobre todo, como ha analizado Champeau (2011) en su estudio sobre *España de sol a sol* de Alfonso Armada, el género ha pasado de presentativo a interpretativo. No aspira ya tanto a descubrir un territorio nuevo, exótico, lejano para el lector como a ofrecer su propia y personal interpretación, a dejar su mirada sobre el espacio recorrido. En ese caso la intención se desplaza a menudo de la geografía recorrida a otros discursos culturales, artísticos, históricos, personales, autobiográficos, que usan el viaje como excusa y que dan cuenta de la diversidad de registros, intenciones, poéticas y discursos que actualmente constituyen las distintas modalidades del género de viajes.

## EL VIAJE A LA VUELTA DE LA ESQUINA

Esta condición claramente observable en los relatos de viajes contemporáneos, resulta más relevante, si cabe, cuando nos referimos a los viajes por España. ¿Qué nos puede descubrir el escritor sobre el territorio cercano, familiar y —al menos supuestamente— ya conocido? La primera constatación es que son muchos menos los libros de viajes publicados por España frente a los que recorren otros

países lejanos. Escritores viajeros avezados, como Alfonso Armada, o Xavier Moret, por poner solo dos ejemplos, han dedicado muchos más títulos a sus viajes por el extranjero que a España: cinco libros de Moret por Australia, Islandia, África, Hong Kong o Armenia frente a uno por la Costa Brava, y cuatro libros de Armada por Norteamérica o una travesía por el Atlántico frente a dos por España.

La segunda constatación es que los libros por España mayoritariamente transcurren por espacios ajenos a las rutas habituales del turismo de masas, lugares escondidos que parecen haber quedado al margen de la historia, microcosmos a menudo íntimos y secretos<sup>2</sup>. La actitud del escritor viajero por España parte de una disposición diferente a la que adopta ante el gran viaje internacional. Si en aquel le incita experimentar el contraste de culturas, la extrañeza ante lo otro, lo que puede incluso implicar una cierta dosis de aventura, el viaje por España se lleva a cabo a poca distancia, con experiencias esperables, por las costumbres conocidas, hasta el punto de que, en algunos casos, nos hallamos ante viajes por la propia tierra del autor. Sin embargo, tal vez estos lugares no sean tan obvios y conocidos, no al menos desde la perspectiva del habitante de las grandes urbes que ha dejado de lado los modos de vida tradicionales, y está en disposición de redescubrirlos como extraños. Estos libros proponen volver la mirada hacia lo que está cerca, pero que, paradójicamente, está más lejos que las ciudades a las que nos traslada el avión en un paquete turístico de turoperadores. Daniel Gascón titulaba un reciente artículo de opinión en *El País*, "El campo es un país extranjero", una cita de Georges Perec con la que subrayaba precisamente esa evidencia de que ahí al lado hay un mundo desconocido. Al lector le fascina que a pocas horas de la vida moderna se oculten lugares que parecen permanecer fuera del tiempo. No los suele elegir para vivir, pero sí los quiere visitar. Porque en su estar fuera del mundo mantienen su pureza. Y de ahí surge la persistente paradoja que se evidencia en muchos de estos relatos de viaje: si el turismo masificado ha destruido la belleza originaria de muchos paisajes, esta aún puede ser reencontrada en parajes naturales aislados, en pueblos y comarcas, precisamente porque han quedado al margen de la arrolladora modernidad, a menudo casi despoblados. Dice Fernando Castillo del paisaje de

---

2. Esta es una constante en los relatos de viaje analizados, con alguna excepción, como el recorrido de Xavier Moret por la Costa Brava, o de Antonio Colinas por la isla de Ibiza, ambos lugares turísticos por antonomasia. Pero en estos casos la mirada del escritor se distancia de la vivencia más inmediata a la que se asoma el turista, escruta por debajo de lo más evidente y a menudo denuncia o se lamenta de su deprecación sobre un paisaje y costumbres que han alterado drásticamente. Tampoco la ruta por la costa vasca que emprende María Belmonte a pie responde en absoluto a un turismo de consumo masivo.

las Hurdes: "Era un paisaje salvaje, hermoso y casi virgen, como si el anverso de la pobreza fuera la belleza de una Naturaleza sin doblegar" (Castillo, 2019: 236). Progreso o belleza, esa es la contradicción irresoluble que evidencian muchos de los relatos que recorren España.

El viaje por lo cercano exige una reeducación de la mirada que conduce a una poética de lo pequeño y humilde. La belleza de los campos ásperos y despo- blados de Castilla no se entrega a la primera, exige una actitud colaborativa por parte del escritor viajero. Algo que descubrió pronto un viajero extranjero por España, el holandés Cees Nootboom, quien escribe: "El desierto del pai- saje, tan pronto como has escapado de ese otro desierto espiritual que es la deteriorada costa, tiene su propia majestad" (Nootboom, 1998: 304). En su vagabundaje durante años por España, el escritor holandés a menudo constata el incomprensible abismo que encierra el país entre la costa turística masifica- da y el olvido de la mayor parte de un territorio que oculta espléndidos hallazgos para quien sepa valorarlos y que, en cualquier otro país, dice, formarían parte de la cámara del tesoro europea: "La maldición de España —y la bendición, dicen otros— es esa línea de la costa infinita que absorbe todo hacia sí porque tiene encima el sol. [...] no puedo soportar que exista un mundo perfectamen- te desconocido a un día de viaje de Barcelona, por el que pasan sin detenerse millones de adictos al sol cada año, cuando no lo sobrevuelan" (Nootboom, 1998: 54). Y, más adelante: "¡Qué desatino que la mayoría de la gente no vaya más allá del horno de la costa este española! Hace treinta años que viajo por aquí y nunca se acaba. Es todo un continente lo que hay detrás de los Pirineos. Misterioso, oculto, desconocido, un conjunto de países con su propia historia, sus propias lenguas y tradiciones, harían falta años para desenterrarlo por un mismo, descubrirlo, discutirlo con uno mismo" (Nootboom, 1998:197).

Si Nootboom viaja por un país, a fin de cuentas extranjero, el escritor español lo hace por el propio, para descubrir, sin embargo, las mismas parado- jas que el holandés. Fran Zabaleta, en prólogo a su libro de viajes en furgoneta por el interior de España, señala su toma de conciencia del desconocimiento de su propio país como acicate del viaje. Gallego, habitante habitual de la costa periférica, confiesa también su extrañeza ante la noción de territorio homogé- neo que le explicaban en el franquismo, contradictorio con la enorme variedad y complejidad del país, en lo que viene a coincidir con Nootboom y con tantos viajeros por España desde tiempos remotos (Zabaleta, 2018).

Al fin, el viajero por su país, como decía antes, busca otra mirada sobre el mismo, una mirada que descubra lo que hay detrás de lo evidente, los luga- res humildes y escondidos ajenos al ajeteo de la vida moderna, lo pequeño e

intrascendente. Como decía Fernando Castillo: “Ya han pasado esos días en los que el cosmopolitismo y la exploración eran un valor seguro, o casi, para la literatura. Lo nuestro es otra cosa más modesta, local, doméstica, algo azoriniana” (Castillo, 2019: 12). En este sentido, Geneviève Champeau habla de una “poética de lo infraordinario” y, en su estudio de *España de sol a sol* de Alfonso Armada, propone aplicar al libro de viajes el concepto de “endotismo”, usado en literatura por Georges Pérec, frente a exotismo, para referirse a “una percepción renovada de los mundos próximos y familiares a los que no se suele prestar atención, de todo aquello que, sin constituir un acontecimiento digno de figurar en los diarios, nutre sin embargo nuestra vida diaria” (Champeau 2011: 296). Esta mirada sobre lo propio, exige —sigue diciendo Champeau— “reeducar la mirada”, modificar el “ethos del viajero narrador”, mirar desde fuera. Esto se consigue por distintos procedimientos en el libro de Armada (análisis para el que remitimos al estudio de Champeau) y, para lo que ahora nos interesa, constituye una posición de partida común en los recorridos por España, en los que el viajero se sitúa en posición de trazar una mirada “extrañadora” sobre el país propio. A fin de cuentas, la idea vuelve a ser que lo desconocido está a la vuelta de la esquina.

A menudo hallamos en estos viajes una llamada a la lentitud, al recorrido pausado que permite una apropiación romántica y sentimental del espacio. Ver, contemplar, conocer es la antítesis del viaje presuroso con el único objetivo de llegar a un destino al que nos hemos acostumbrado en el mundo contemporáneo y que, desde la perspectiva del escritor viajero, no hace sino empobrecer al hombre. Así lo manifiesta Alfonso Armada en *España de sol a sol*:

¿En qué se ha convertido viajar? Coches lanzados a toda velocidad y que nada saben de minifundios, barrizales, lindes y huertas de patatas y manzanas, vacas y paisanos que apenas son figuras desteñidas en un territorio que no es más que paisaje, decorado del desvanecimiento de la realidad.

Autovías y autopistas como consagración de las expectativas, progreso uniformemente acelerado y muerte del tiempo. El coste es despreciable. Montañas rotas, gritos de mole herida... (Armada, 2001: 60).

Ahora viajamos con más frecuencia, pero con menos ahínco, con menos provecho: viajamos a la superficie del paisaje del mismo modo que nos quedamos en la piel de la identidad, en las virtudes de la psicología. El coche acerca enclaves lejanos, pero al mismo tiempo ahuyenta el conocimiento, a fin de cuentas es una coraza de metal contra los otros. En la época de las muchedumbres solitarias, cultivamos un individualismo feroz que no nos hace ni más felices ni más sabios, al contrario (Armada, 2001: 257).

El medio de transporte elegido es significativo en esta búsqueda de otra dimensión más pausada del tiempo. En la época en que aviones, trenes de alta velocidad, autopistas han acortado las distancias, los escritores viajeros eligen los viajes a pie (Llamazares, 1990; Pío Moa, 2008; María Belmonte, 2017; Martínez Oria, 2019), en bicicleta (Martín Garzo, 2008); en furgoneta (Zabaleta, 2018), en coche por carreteras secundarias y caminos (Armada, 2018), en tren de vía estrecha (Eslava Galán, 2006). Por lo mismo, no importa tanto el destino como el propio recorrido, como nos confirma Alfonso Armada: “La velocidad de los trenes, los aviones y los coches nos aísla de otro mundo que sigue su curso aunque no lo veamos, o precisamente porque no lo vemos, y acaso se extinga mientras vamos desbocados hacia la nada. Cuando se eligen carreteras secundarias lo importante no es el destino —llegar—, sino el mero viaje: vivir” (Armada, 2018: 11).

No solo el medio de transporte, también los lugares visitados, pueblos y paisajes, condicionan una relación espacio-temporal diferente a la de la ajetreada vida urbana. Ajenos al bullicio de la vida moderna, esos espacios condicionan por sí mismos la impresión de que allí el tiempo fluye más despacio, una vivencia que Cees Noteboom anotó repetidamente en sus recorridos por la España olvidada:

[...] parece como si en este país —que todavía es el más vacío de Europa— también se hubiera conservado de una forma diferente el tiempo, como si lo actual [...] tuviera menos validez y desapareciera en una dimensión infinitamente mucho más lenta. Quizá sean las comarcas que yo visito, puede ser. Porque eso es lo que quiero, lentitud, y sea cual fuere la ley que aquí gobierna, encuentro lo que busco. En un paisaje en el que un único árbol se ve a kilómetros de distancia, el tiempo se mide de otra manera. Por esa medida vengo aquí (Noteboom, 1998: 302).

Impresiones similares anotan los escritores españoles. Dice Armada, “Por carreteras secundarias el tiempo se remansa como un río que no tiene prisa por morir” (2018: 11). Y María Belmonte, en su llamada a percibir lo que ella llama el “ultramundo”, esa vida que late junto a nosotros en la naturaleza y que exige una determinada predisposición para poder percibirla: “Para introducirse en él se requiere paciencia, silencio y, a ser posible, permanecer inmóvil durante largos períodos de tiempo, actividades que no cuentan con muchos seguidores en estos tiempos acelerados. Aunque el ultramundo suele estar a tiro de piedra del asfalto, de los vehículos y del ruido, la mayoría de las personas permanece ciega ante él y no le presta atención. (Belmonte, 2017: 59). Parece claro, pues,

que otros viajes son posibles al margen de la masificación del turismo, o al menos otro talante y actitud ante el mismo.

## DIVERSIDAD DE MODALIDADES Y DISCURSOS DEL RELATO DE VIAJES POR ESPAÑA

La incitación al viaje no es necesariamente el principal objetivo de estos relatos —en muchos casos los autores ni siquiera lo tienen presente en su escritura— y en todo caso viene anudado con otros de tipo estético, crítico, cultural, personalísimo; no olvidemos su condición prioritaria de artefactos literarios. Un recorrido por los publicados en las tres últimas décadas por España permite acercarnos a los itinerarios que recorren y buscar preferencias, puntos en común que puedan constituir redes isotópicas relevantes y, al tiempo, advertir la diversidad de intenciones y discursos que gestiona actualmente el género.

La intención embrionaria de la que surge cada libro de viajes establece un primer abanico amplio y diverso de escrituras. Los hay que surgen de un encargo periodístico, y han sido publicados antes como crónicas en prensa para luego ser reunidos con más o menos reelaboración en libro. Es el caso de los recorridos que hizo Alfonso Armada por el conjunto de la geografía española por encargo del periódico *ABC*, el primero en el verano de 2000, que dio lugar en 2011 a *España de sol a sol*, y el segundo durante los veranos de 2011 y 2012, publicado bajo el título de *Por carreteras secundarias* años más tarde, en 2018. Aunque hay diferencias entre ambos que aquí no tenemos tiempo de desarrollar, la urgencia de la crónica diaria —a la que se hace referencia explícita ocasional, evidenciando las marcas de la escritura— condiciona por ejemplo en el segundo el predominio de un discurso de anotación rápida y sintética de impresiones fugaces. También determina la misma brevedad del artículo, obligada por el espacio acotado en el periódico. Y se relaciona con el marcado carácter misceláneo que presentan, aún mayor de lo habitual en el género. El viaje sostiene el relato y anuda impresiones fragmentarias, apuntes narrativos, anotaciones prácticas, intertextualidad abundante, reflexiones sobre el viaje, mini-monografías sobre asuntos varios, apuntes líricos del paisaje, sin llegar a construir nunca un relato unitario, y apostando por un marcado fragmentarismo. La reunión posterior de las crónicas periodísticas en el formato del libro, no obstante la revisión y ampliación a que han sido sometidos en parte, revela las marcas originales. También el encargo periodístico, esta vez de *El país*, precedió la publicación de *El viajero de don Quijote*, de Julio Llamazares (2016), aunque en



esta ocasión la unidad viene más asegurada por el itinerario quijotesco y la factura clásica.

En cambio otros, aunque han surgido de una primera motivación periodística, han dado lugar a libros unitarios y homogéneos, sin paso previo por la crónica periodística. Es el caso de los títulos de dos jóvenes periodistas que comparten editorial, concebidos con una relevante proyección crítica o testimonial, y con inclinaciones a lo elegíaco en algún caso, que recorren España para levantar acta de la memoria de unas formas de vida desaparecidas, o para denunciar la muerte de comarcas abandonadas. Me refiero a los títulos de Emilio Gancedo, *Palabras mayores. Un viaje por la memoria rural* (2015), construido sobre entrevistas por todas las regiones españolas, que devuelven la memoria de modos de vida desaparecidos, y *Los últimos. Voces de la Laponia española* (2017), de Paco Cerdá, recorrido reivindicativo por la "Serranía Celtibérica", la zona más despoblada de Europa.

Hay libros que surgen con una consciente vocación documental y marcado soporte editorial, como la guía literaria del camino de Santiago de Luis Carandell, *Ultreia*, donde el eje espacio-temporal del viaje es continuamente alterado y puesto al servicio de la sucesión de disertaciones culturales, históricas, legendarias, artísticas, e incluso recomendaciones al viajero sobre qué visitar. Y, en el extremo contrario los hay sin intención pragmática alguna, al menos aparente, más allá del puro impulso literario, como el recorrido de Manuel de Lope por toda la Península publicado en dos volúmenes bajo el título común de *Iberia* (Lope, 2003 y 2005). Hay viajes que responden a un plan previo y estricto, como el recorrido de Julio Llamazares por las catedrales de España, publicado en dos volúmenes (2008 y 2018), o el de Ángeles Caso por las casas museo de los escritores (2011); y los hay que prefieren la libertad del vagabundeo por el territorio, como el de Fran Zabaleta (2018). Algunos surgieron de un encargo institucional, como el frustrado recorrido de Llamazares a lo largo del río Duero en 1984 por encargo de la Junta de Castilla y León, cuyo cuaderno de notas publicaría en 1999. Y hay, en fin, libros que surgen de proyectos personales de todo tipo, como la evocación de la memoria de Ibiza, la isla en la que Antonio Colinas vivió durante 21 años (2004), el reencuentro con el paisaje magnífico de la costa vasca recorrido a pie por María Belmonte (2018), o el evocador viaje por la memoria del pasado que realiza Jesús del Campo (2008), por poner tres ejemplos completamente diferentes.

Además de la intención, otros planteamientos permiten también establecer tipologías diferentes que en estas páginas solo podemos esbozar. Especialmente relevante es advertir la presencia del autor que se manifiesta, más

allá del soporte narrador que es el yo viajero, en dos modalidades. Una, la más evidente, cuando el escritor recurre a anécdotas personales, o confesiones autobiográficas que salpican el relato del viaje, de modo que se refuerza la condición también de personaje del viajero (Antonio Colinas, 2004; Martín Garzo, 2008; Moa, 2008; Belmonte, 2017 y Zabaleta, 2018). La segunda no tiene tanto que ver con el sujeto autobiográfico como con la subjetividad del discurso. Y eso nos conduce a la condición ya referida al principio de estas páginas sobre la transformación actual del género en cuanto que ya no solo refiere el viaje, sino que sobre todo lo interpreta, lo interioriza, crea un discurso personal. Como ha señalado Rubio Martín, “uno de los rasgos que nos permiten aceptar una evolución en el género es el aumento de la distancia que se va produciendo entre la percepción de los lugares y su descripción (mirada), y la construcción del espacio en el relato (visión), como consecuencia de una mayor intromisión del viajero en el discurso” (2014: 231-232). Lo que diferencia los relatos no es tanto el lugar por el que transcurre el viaje como la personal voz que el escritor adopta en su relato. Y esta se sostiene en un discurso cada vez más narrativo e interpretativo y menos descriptivo, rasgo este último subrayado en los relatos tradicionales de todos los tiempos, pero cada vez menos relevante en los que podríamos denominar posmodernos. Al lector contemporáneo le fatiga e incluso le irrita el pormenor descriptivo, el exceso de dato documental que puede encontrar en cualquier guía turística, o en cualquier buscador de internet. El espacio recorrido se ofrece interpretado, sujeto a una narración que ofrece interés, que sigue incorporando información, pero sometida a la personal reflexión del autor en el discurso.

Esta sobreposición del discurso sobre el viaje ha determinado que las marcas objetivas de este en algunas ocasiones prácticamente desaparezcan o estén tan limitadas que el viaje aparece más como excusa que como objetivo principal del relato. Es el caso de *Castilla y otras islas*, de Jesús del Campo, un sugestivo viaje por el tiempo donde los lugares visitados o aludidos en el presente, y que no siempre llegan a constituir un recorrido coherente, se convierten en trampolín hacia sucesivos fogonazos iluminadores de la historia pasada, instantáneas súbitamente evocadas, en lo que constituye el verdadero relato del viaje de este libro. Las asociaciones entre los personajes históricos evocados o las escenas recreadas de la historia, con los espacios del presente, más allá de la casual coincidencia espacio-temporal, van tejiendo una red de relaciones no sujetas a una relación evidente. El escritor va trazando su personal recorrido por una memoria histórica a ratos caprichosa, en todo caso personal.

No es este el único caso en el que el soporte del viaje se adelgaza y sobre él se impone el discurso creativo del autor, aunque sí quizá el más extremo. En

otros libros el relato objetivo y coherente del itinerario se mantiene con mayor o menor claridad como estructura de base, pero su presencia queda supeditada o absorbida por otras intenciones. Así ocurre en los relatos independientes que componen el *Atlas personal* de Fernando Castillo (2019), en los que domina la perspectiva del historiador; o en el recorrido por España de Fran Zabaleta (2018), donde el viaje presente ocupa mucho menos texto que la recreación de nuevo histórica a que da lugar; o la contemplación epifánica que desvela María Belmonte (2017) ante la magnitud de la naturaleza recorrida; mientras Antonio Colinas (2004) construye el espacio desde la memoria y el discurso de Manuel de Lope (2003 y 2005) nos interesa en las impresiones y anotaciones subjetivas que apuntalan un relato unificado en la personalidad de la voz que narra, puesto que no existe la continuidad geográfica y temporal de un viaje único.

Esta renovación del género convive con otras facturas más clásicas o tradicionales, cuando el viajero limita más su posición a la de testigo de cuanto ve y el discurso se ciñe rigurosamente al relato ordenado del recorrido, mediante sucesión de anécdotas, diálogos, descripciones, como en los libros de Julio Llamazares, el recorrido de Pío Moa por la Ruta de la Plata, o la visita a la Cabrera de Andrés Martínez Oria. Pero aun en estos en que el espacio se yergue como protagonista único, la intención del autor modula el discurso, lo que concuerda con la condición literaria del género. Y en cualquiera de sus formulaciones el relato de viajes se dirige hacia un lector culto, curioso o interesado, al que el relato le desvela mucho más que el mero trayecto.

## TERRITORIOS LITERARIOS Y TERRITORIOS OLVIDADOS

Por último, y por su interés como reveladores de espacios geográficos ajenos a las rutas turísticas más obvias, vamos a abordar brevemente algunas reflexiones sobre los lugares recorridos en los libros de viaje por España para tratar de identificar, aun en su variedad, actitudes coincidentes o redes de relaciones semánticas relevantes. En este sentido hay que tener en cuenta el poder que tiene la literatura para revelar la naturaleza de una geografía, al tiempo que le asocia sentidos metafóricos y simbólicos que a veces la convierten en icono, en mito literario<sup>3</sup>. Porque los espacios se asocian con cualidades culturales, de

---

3. La potencia de lo imaginario a veces suplanta a lo real, hasta el punto de que olvidamos la referencia geográfica que se oculta bajo lugares míticos como Jauja o Babia, u otras asociadas con sentidos figurados popularizados como "salir por los cerros de Úbeda" o "entre Pinto y Valdemoro". Al descubrimiento de su origen dedicó Julio Llamazares un breve recorrido por la geografía irreal: *Atlas de la España imaginaria* (2015), en edición ilustrada.

modo que el viajero no solo visita el lugar, sino su recreación literaria. Hay espacios que no pueden ser desligados de la mirada que un escritor dejó sobre ellos y, tras muchos de los relatos viajeros actuales, están operando otros anteriores: como Azorín y Miró sobre Levante (Fernando Castillo, 2019), Josep Pla sobre el Ampurdán (Xavier Moret, 2019), o José Jiménez Lozano sobre Castilla (Armada, 2001). Andrés Martínez Oria (2019) emprendió un viaje por la Cabrera leonesa siguiendo las huellas del recorrido crítico y social que Ramón Carnicer plasmó en *Donde las Hurdes se llaman Cabrera* (1964). Julio Llamazares persiguió las de Azorín por la ruta del Quijote (2016). Y tras la mirada actual de Fernando Castillo (2019) sobre las Hurdes extremeñas están operando otros discursos en diálogo con el espacio recorrido en la actualidad: las imágenes del viaje de Alfonso XIII de 1922, la película documental de Luis Buñuel *Las Hurdes, Tierra sin Pan* (1933) y otros relatos sociales entre los que el más conocido es *Caminando por las Hurdes* (1960), de Antonio Ferres y Armando López Salinas. También Sergio del Molino trazó buena parte de su ensayo por *La España vacía* (2016) a partir de espacios abandonados, o en progresiva despoblación, cuyo imaginario ha sido sostenido por la literatura y el cine —de nuevo los relatos creados Marañón, Buñuel, Unamuno, Legendre y su confrontación con el presente desarrollado de las Hurdes—, a la vez que reflexiona sobre la reapropiación que los pueblos han hecho de sus propios mitos en ocasiones como reclamo turístico. Un planteamiento interesante este último, de hasta qué punto la literatura puede revalorizar un espacio, o al menos darle visibilidad y a veces revertir en un valor turístico añadido.

Entre las geografías encumbradas por la literatura, pocas alcanzan el reconocimiento universal de la Mancha cervantina. A propósito de ella, Manuel de Lope daba énfasis a

la idea de que un territorio real puede sublimarse en territorio de ficción y alcanzar una resonancia metafórica en nuestro idioma y en más de un centenar de lenguas. Ese es el privilegio que la literatura ha concedido a algunos lugares. Don Quijote recorre la llanura manchega lo mismo que Leopold Bloom recorre Dublín y que Ulises navega hacia Ítaca. Nuestras referencias son al mismo tiempo imaginarias y geográficas. Entonces el prestigio de esos nombres se agiganta, aunque Dublín fuera una ciudad provinciana, Ítaca una isla pobre y la Mancha una región olvidada (Lope, 2003: 247-248).

La ruta cervantina es ya una amalgama de sustratos culturales y literarios, más sujeta a la ficción que a la realidad, cuyo recorrido emprende Julio Llamazares (2016) por encargo de *El País* con ocasión del cuatricentenario de la

segunda parte de la novela. El viaje de Llamazares no solo persigue las huellas de don Quijote, sino que reproduce y prolonga el viaje que en 1905 realizó Azorín por encargo también conmemorativo de *El Imparcial*, después recogido en el libro *La ruta de don Quijote*. El relato del viaje actual se entrelaza con las citas y referencias de Azorín y Cervantes, en superposición de recorridos por el tiempo —presente y pasado— y por distintos planos de referencia —reales los del género de viajes y ficcional el de la novela— en diálogo fecundo y sugeridor.

Ya al margen del refrendo literario, los relatos de viaje actuales por España recorren todo tipo de geografías e itinerarios. Los hay que descubren territorios íntimos, microcosmos ocultos asociados a la memoria infantil de los escritores, como el recorrido de Llamazares por el río Curueño en la montaña leonesa (*El río del olvido*), o el regreso a Villabrágima, en Tierra de Campos, de Gustavo Martín Garzo (*Los viajes de la cigüeña*). La asociación de espacio y memoria personal añade un valor afectivo al relato. Otros transcurren por itinerarios históricos y culturales fijados desde la antigüedad y transformados por el paso de los tiempos, como la Vía de la Plata, el camino romano cuyos restos busca fatigosamente Pío Moa en *Viaje por la Vía de la Plata*, o el Camino de Santiago recorrido por Gregorio Morán (*Nunca llegaré a Santiago*) y Carandell (*Ultreia*), y con cuyas huellas se topan reiteradamente los viajeros por el norte de España. Hay incluso alguno que aprovecha un itinerario explotado turísticamente, como es el tren Transcantábrico<sup>4</sup>, en el *Viaje a la costa de las ballenas* de Juan Eslava Galán, que incluimos aquí no obstante su soporte estructural levemente ficcionalizado, más propio de la novela que del relato de viajes, porque a pesar de ello se ciñe en todo lo demás rigurosamente al relato clásico del viaje documental. Los hay que se vinculan con un itinerario geográfico; un río (el Curueño o el Duero en dos relatos de Llamazares), una línea de costa (la vasca recorrida por María Belmonte o la Brava por la que nos conduce Xavier Moret), una isla (los rincones de Ibiza de Antonio Colinas). O bien deambulan por territorios más amplios, con vinculación más cultural que geográfica, a veces sin otra frontera que la península ibérica. O bien es una condición geopolítica peculiar la que dicta el recorrido, como los *Lugares fuera de sitio* de Sergio del Molino (2018), por los enclaves españoles que la historia ha colocado en una jurisdicción no correspondiente con la frontera geográfica. Pero tras toda esta variedad, es significativo el elevado número de autores que diseñan su viaje por la España más olvidada: Alfonso Armada, Manuel de Lope, Emilio Gancedo, Paco Cerdá, Fran

---

4. Volviendo a los caminos de ida y vuelta entre la literatura y los viajes, este recorrido turístico en tren de vía estrecha desde León y a lo largo de la costa cantábrica debe el origen de su nombre a un relato de viajes, *El Transcantábrico* (1982), de Juan Pedro Aparicio.

Zabaleta, Julio Llamazares, Jesús del Campo, Fernando Castillo, o Sergio del Molino.

Estos recorridos nos conducen mayoritariamente por la España interior y se vinculan con una noción que aletea constantemente sobre estas líneas, desde nuestra afirmación de que los libros de viaje prefieren las rutas fuera de la masificación turística: la España vacía. Este sintagma, acuñado con éxito por Sergio del Molino y después devenido innecesariamente en “España vaciada” o similares, designa una evidencia territorial en el país que viene de muy lejos; la de que la población, el trabajo, las infraestructuras, el desarrollo de la modernidad con sus correspondientes inconvenientes ocupa una parte mínima de España —la capitalidad de Madrid y cierta periferia—, mientras otra parte permanece olvidada y en constante despoblación por falta de motor económico. Hay libros, como el ensayo de Sergio del Molino (2016), que por su calidad y por su ocasión ponen de moda, como así ha ocurrido, una evidencia arrastrada desde mucho tiempo atrás. Los relatos de viaje por España han privilegiado estos territorios vacíos y olvidados para sus recorridos. Entre ellos no es difícil encontrar cruces espaciales, coincidencias que desvelan pequeños tesoros escondidos que apenas reciben visitantes, como la ermita mozárabe de San Baudelio de Berlanga, en tierras sorianas, a la que Jiménez Lozano llamó la “Capilla Sixtina” de Castilla y que, tras sus muros severos oculta la ligereza de su construcción y la belleza de unas pinturas fatalmente expoliadas. Un tesoro en medio de la despoblación soriana.

En estos recorridos por la España despoblada y desconocida a partes iguales, atisbamos una serie de isotopías que desvelan preocupaciones y actitudes coincidentes en muchos escritores viajeros. Por una parte, estos “no lugares”, como los ha definido acertadamente Cerdá, generan discursos críticos y reivindicativos, que denuncian el abandono administrativo, o la falsedad del tópico edénico del ruralismo de fin de semana. En palabras del escritor Alfons Cervera, “la gente de la ciudad tiene la idea del edenismo, del adanismo, del qué bien se está allí y qué tranquilidad. Han convertido un conflicto político como es el aislamiento y las desigualdades en un atractivo tópico impregnado de bucolismo. Se asocia a un paraíso al que, paradójicamente, nadie quiere ir a vivir” (Cerdá, 2017: 84). En los recorridos de Armada por la Península, se reiteran situaciones que le revelan la conciencia de que asiste a las últimas manifestaciones de unos modos de vida que desaparecen sin remedio, un mundo que muere: “Parece una elegía, una historia que se repite en toda la península, donde la actividad que justificaba una existencia —el ganado, la agricultura, la alfarería, la fragua, la pesca, la minería...— han ido desapareciendo. Ahora todo

parece un campo temático de lo que fue [...]. Un mundo desaparece y otro no acaba de nacer. Tal vez el paraíso nunca fue lo que pensamos que era” (Armada, 2018: 56). Del planto por esa pérdida surge el documento etnográfico de Emilio Gancedo, *Palabras mayores*, en el que busca recuperar la memoria vivencial antes de su completa desaparición en el olvido.

La otra coincidencia llamativa en los viajes por la España vacía es el contraste entre el abandono presente y la vitalidad de un pasado cuyas huellas se manifiestan en el trazado medieval de pueblos y ciudades, en los castillos, conventos, iglesias, que en número ingente salen al paso del viajero. Se hace evidente que los lugares en los que se escribió la historia de España son precisamente los que han quedado olvidados en el proceso hacia la modernidad, como si el viejo imperio fuera una losa que sigue pesando sobre el desarrollo del país. Lo señalaba certeramente Fernando Castillo: “No deja de sorprender que lugares que hoy están en trance de abandono fueran por un momento centro del reino, una circunstancia varias veces repetida durante la Edad Media” (Castillo, 2019: 214).

Cees Nootboom hablaba de “tiempo derretido”, una noción que asociaba reiteradamente a los recorridos por lugares que parecen permanecer fuera del fluir del tiempo. Se establece así una interacción espacio-tiempo diferenciada que se convierte en constante en muchos relatos de viaje, sobre todo por las Castillas. Un lugar habitual en el género, desde su formulación más tradicional, es la incorporación al relato del recorrido de documentación relativa al pasado histórico y artístico. Pero no me refiero tanto a esta información complementaria, sino al hecho de que el tiempo pasado tienda a desplazar la información sobre el viaje presente y sus anécdotas. El escritor viajero se sitúa ante estas tierras despobladas y lo que ve, lo que construye, lo que traslada es el relato de los tiempos antiguos (recordar los libros de Jesús del Campo, de Zabaleta, de Castillo ya señalados). Como ya hemos referido antes, esta historia no se presenta en forma de documentación fatigosa, suma de datos, sucesión de fechas y nombres históricos al modo de la guía puramente documental, sino interpretada en narración sugestiva, creando relatos intermedios con entidad e interés propios, que dotan de sentido lo que el viajero contempla. Su actitud no es la erudición hueca y retórica, historia muerta, sino iluminación del presente a través de una historia demasiadas veces relegada al olvido. El relato de viaje invita a un tiempo a la lectura reflexiva y al recorrido culto, desvela los territorios y descubre un país desconocido en su complejidad cultural.

Cultura y turismo cada vez van más de la mano en el diseño de rutas por los caminos del Cid, del Quijote, de las órdenes de caballería, por los tesoros artísticos y la historia del país. No hay alcalde de los pueblos y villas con su población

progresivamente mermada que no sueña con atraer un turismo cultural, histórico, geológico. El relato de viajes persigue sus propios objetivos literarios, pero aun siendo otra cosa, atrae la atención del viajero y a veces su discurso puede establecer líneas de interés convergentes con un turismo culto, no depredador, revelador de otras dimensiones del territorio a la vez que interesa al lector en su dimensión reflexiva y creativa.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALBURQUERQUE, L. (2006): "Los libros de viajes como género literario", en M. Lucena Giraldo y J. Pimentel (eds.), *Diez estudios sobre literatura de viajes*, CSIC, Madrid, pp. 67-87.
- (2011): "El 'relato de viajes': hitos y formas en la evolución del género", *Revista de Literatura*, 145, pp. 15-34.
- ARMADA, A. (2001): *España, de sol a sol*, Península, Barcelona.
- (2018): *Por carreteras secundarias*, Malpaso, Barcelona.
- BELMONTE, M. (2017): *Los senderos del mar: un viaje a pie*, Acantilado, Barcelona.
- CAMPO, J. del (2008): *Castilla y otras islas*, Minúscula, Barcelona.
- CARANDELL, L. (1998): *Ultraia. Historias, leyendas, gracias y desgracias del Camino de Santiago*, El País Aguilar, Madrid.
- CARRIZO RUEDA, S. (1997): *Poética del relato de viajes*, Reichenberger, Kassel.
- CASO, Á. (2011): *Las casas de los poetas muertos*, Imagine, Madrid.
- CASTILLO, F. (2019): *Atlas personal*, Renacimiento, Sevilla.
- CERDÁ ARROYO, P. (2017): *Los últimos: voces de la Laponia española*, Pepitas de Calabaza, Logroño.
- CHAMPEAU, G. (2011): "Texto e imagen en *España de sol a sol* de Alfonso Armada", *Revista de Literatura*, 145, pp. 291-312.
- COLINAS, A. (2004): *Los días en la isla*, Huerga&Fierro, León.
- ESLAVA GALÁN, J. (2006): *Viaje a la costa de las ballenas. una excursión en el Transcantábrico*, Imagine, Madrid.
- GANCEDO, E. (2015): *Palabras mayores. Un viaje por la memoria rural*, Pepitas de Calabaza, Logroño.
- GASCÓN, D. (2020): "El campo es un país extranjero", *El País*, 8 de febrero, p. 15.
- LLAMAZARES, J. (1990): *El río del olvido*, Seix Barral, Barcelona.
- (1999): *Cuaderno del Duero*, Edilesa, León.
- (2008): *Las rosas de piedra*, Alfaguara, Madrid.
- (2015): *Atlas de la España imaginaria*, Nórdica, Madrid.
- (2016): *El viaje de don Quijote*, Alfaguara, Madrid.
- (2018): *Las rosas del sur*, Alfaguara, Madrid.
- LOPE, M. de (2003): *Iberia. La puerta iluminada*, Debate, Barcelona.
- (2005): *Iberia. La imagen múltiple*, Debate, Barcelona.
- MARTÍN GARZO, G. (2008): *Los viajes de la cigüeña*, Imagine, Madrid.
- MARTÍNEZ ORIA, A. (2019): *Flores de hinojo*, Eolas, León.
- MOA, P. (2008): *Viaje por la Vía de la Plata*, Libroslibres, Madrid.
- MOLINO, S. del (2016): *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*, Turner, Madrid.
- (2018): *Lugares fuera de sitio. Viaje a las fronteras insólitas de España*, Espasa, Madrid.
- MORÁN, G. (1996): *Nunca llegaré a Santiago*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid.
- MORET, X. (2009): *Viaje por la Costa Brava. paisaje, memoria, glamour y turismo*, Altaïr, Barcelona.
- NOTEBOOM, C. (1998): *El desvío a Santiago*, Siruela, Madrid.
- PLA, J. (1966-1984): *Obra completa*, Destino, Barcelona.
- RUBIO MARTÍN, M. (2014): "Contención clásica y rebeldía romántica en la visión del espacio: la narrativa viajera de Julio Llamazares", en M. P. Celma Valero (ed.), *Desde Castilla. Visiones, revisiones y disidencias de un mito en la narrativa del siglo XX*, Biblioteca Nueva, Madrid, pp. 229-253.



- (2020): "El relato de viajes en la literatura castellano-leonesa del siglo XXI", en N. Álvarez Méndez (ed.), *Literatura actual en Castilla y León. Relato de viajes y novela*, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Burgos, en prensa.
- TURNER, L. y ASH, J. (1991): *La horda dorada. El turismo internacional y la periferia del placer*, Endymión, Madrid.
- ZABALETA, F. (2018): *Viaje al interior. 80 días en furgo por la España olvidada*, Los Libros del Salvaje, Vigo.